


HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS



**Consagrados por el Dios Trinidad,
como Comunidad de Hermanos**
Que se rejuvenecen en la esperanza del Reino

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

25 de Diciembre 2012

CARTA PASTORAL A LOS HERMANOS

**Consagrados por el Dios Trinidad,
como comunidad de Hermanos**

*Que se rejuvenecen en la esperanza
del Reino*

Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General
25 de Diciembre de 2012

Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera, que ustedes tienen reservada en el cielo. Porque gracias a la fe, el poder de Dios los conserva para la salvación dispuesta a ser revelada en el momento final. Por eso, ustedes se regocijan a pesar de las diversas pruebas que deben sufrir... Porque ustedes lo aman sin haberlo visto, y creyendo en él sin verlo todavía, se alegran con un gozo indecible y lleno de gloria, seguros de alcanzar el término de esa fe, que es la salvación (1 P 1,3-9).

Hermanos:

El apóstol Pedro, en el bello texto citado, nos invita a una esperanza viva fundamentada en la misericordia del Padre y la Resurrección de Jesús y, al mismo tiempo, nos alienta con la promesa de una herencia, de una recompensa que nos está reservada en el cielo. Nos habla también de la alegría que aun en las pruebas debemos experimentar gracias a la fe que nos alcanza la salvación.

En esta Carta Pastoral en que vamos a reflexionar sobre las dos últimas *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, las meditaciones 207 y 208 de nuestro Fundador, encontramos también una llamada a la esperanza. A una esperanza histórica que nos hace dar gracias a Dios por lo que por nuestro medio ha hecho en el corazón de los niños y jóvenes, y a una esperanza escatológica, por la salvación final que en su amor gratuito nos dará, no solo a nosotros sino también a todos aquellos que Él, Dios Trinidad, cuya gloria constituye la finalidad principal de nuestra vida, ha confiado a nuestros cuidados. Por eso una de las palabras que más se repite en estas dos meditaciones, es la palabra alegría.

Ciertamente en un tiempo de incertidumbre como el que estamos viviendo esto constituye una invitación a rejuvenecernos en la esperanza del Reino. Porque nuestra esperanza se fundamenta en el *Dios que perdona todas nuestras ofensas y nos cura de todas nuestras dolencias, que nos corona de amor y de ternura, que colma de dicha nuestra existencia y como el águila renueva nuestra juventud* (Sal 103,3-5).

Nos podemos preguntar: ¿Cuál es la esperanza que nos sostiene en medio de las desesperanzas de hoy? ¿Qué horizonte enfoca nuestra misión educativa y nuestra vida fraterna en comunidad? ¿Qué caracteriza hoy nuestra esperanza?

Consagrados por el Dios Trinidad como comunidad de Hermanos, debemos encontrar en el Dios trino el fundamento de nuestra esperanza y alegría. En la Encíclica *Spe Salvi*, el Papa nos recuerda que *esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. Dios es el fundamento de la esperanza... el Dios con rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo... Su Reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza* (31).

Nuestra esperanza y alegría se fundamentan en el Padre, que nos invita a alegrarnos cuando encuentra la oveja extraviada, que nos convoca a una fiesta cuando recupera al hijo perdido (Lc 15,7.23.32) [...] Nuestra esperanza y alegría se fundamentan en el Hijo, que hace suyo el proyecto del Padre para que todos tengan vida y vida en abundancia y *que lleno del gozo del Espíritu Santo dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a los pequeñitos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu voluntad* (Lc 10,21). Nuestra alegría y esperanza son un fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22) que lo hace todo nuevo y nos ilumina y guía en nuestra misión de constructores del Reino. De ahí la invitación de San Pablo: *Sean fervorosos en el Espíritu y sirvan*

al Señor. Tengan esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar. Compartan con los hermanos necesitados y sepan acoger a los que están de paso (Rm 12,11-13).

En las dos meditaciones objeto de la reflexión aparece otra idea central en la espiritualidad de nuestro Fundador que, con insistencia, como sabemos, nos invita a no hacer diferencias y a vivir una espiritualidad unificada y unificadora. *Si es cierto que Dios recompensa tanto ya en este mundo a los que han dejado todo por Él, que reciben el céntuplo en esta vida (Mt 19,27), con cuánta más razón recompensará, incluso en el tiempo presente, a los que se hayan dedicado con celo a extender su Reino (Med 207,1).* Dejarlo todo por Él y extender su Reino van juntos y no los podemos separar. Y es más, la recompensa dependerá más de lo que hayamos hecho por los demás, en perfecta sintonía con Mateo 25, que por la perfección personal que hayamos podido alcanzar, por los méritos que hemos podido ganar o por las normas que hemos podido cumplir.

1. La mirada de Dios

El primer motivo de nuestra esperanza y alegría es el Dios compasivo y misericordioso que mira al mundo y especialmente a la persona humana, que como dice Santo Tomás es el único ser que existe por sí mismo ya que los demás están en función de su existencia, con profundo amor y ternura paterno-maternal.

Es muy significativo que en la primera *Meditación para el tiempo de Retiro*, el Fundador, citando a San Pablo, nos

hable de un *Dios tan bueno que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4) y que en las últimas que estamos desarrollando vuelva a recordarnos ya en la primera línea de la meditación 207 que *Dios es tan bueno que no deja sin recompensa el bien que se cumple por Él y el servicio que se le presta, sobre todo en lo referente a la salvación de las almas* (Med 207,1). Todo se inicia con la mirada bondadosa de Dios y todo termina en la mirada bondadosa de Dios. Podíamos pensar en el Génesis, en el Éxodo y en el Apocalipsis. En el Dios que contempla su creación y ve que todo es bueno, en el Dios que ve la opresión de su Pueblo y se compromete con su liberación, en el Dios que al final de los tiempos enjugará las lágrimas de los ojos de sus hijos. San Juan de la Cruz nos dice que *el mirar de Dios es amar*.

Sabemos que en Jesús la mirada de Dios se hizo humana y cercana. El verbo ver es posiblemente uno de los que más se repiten en el Evangelio: a pescadores que convierte en discípulos, a Leví en el banco de los impuestos, a las muchedumbres de las que se compadece, al joven rico, a los niños que se le acercan, a los que llevaban la camilla, a la viuda de Naín, a Pedro después de la negación, al buen ladrón desde la cruz... *Jesús de Nazaret mira a la gente y reconoce en cada persona su ser más profundo, ve lo mejor de cada una y así desata por dentro, libera y trae la curación, la salvación, la acción de gracias y la alabanza* (Fernando Negro Marco Sch. P.).

Esta mirada es la que estamos llamados a hacer nuestra. Esta mirada es ya nuestra recompensa aquí y la será allá. Mirada que debemos vivir en una sana tensión entre la ale-

gría por ver realizado el designio salvífico de Dios en nuestra historia y la esperanza de su culminación escatológica.

- *Aún deben esperar otra recompensa, que Dios les otorga por adelantado ya en esta vida [...] Consiste en que sentirán satisfacción muy especial cuando sean mayores, al **ver** que viven según justicia y piedad (Tt 2,12) [...] ¡Qué alegría **ver** que recibieron la palabra de Dios en sus catecismos, no como palabra de hombres, sino como la palabra de Dios, que actúa poderosamente en ellos (1 Ts 2,13), como se manifiesta visiblemente por la buena conducta que siguen observando! (Med 207, 3).*
- *¡Qué consolador será, para quienes hayan procurado la salvación de las almas, **ver** en el cielo a quienes facilitaron el don de gozar de tan inmensa felicidad! ¡Oh qué gozo no experimentará el Hermano de las Escuelas Cristianas cuando **vea** a un crecido número de sus alumnos en posesión de la felicidad eterna, de la cual le serán deudores, por la gracia de Jesucristo! ¡Qué intercambio se dará entonces entre el gozo del maestro y el de los discípulos! ¡Qué estrecha unión tendrán en Dios los unos con los otros! (Med 208,2).*

Estamos llamados, por consiguiente, a convertirnos a la *mirada de Dios*. Para mí fue muy iluminadora la presentación que en la Asamblea de Superiores Generales del mes de noviembre de 2011 nos hizo el Padre Mario Aldegani, Superior General de la Congregación de San José de Murialdo, al hablarnos del Servicio de autoridad y animación del Superior y su Consejo. Quisiera compartir con ustedes algu-

nas de estas reflexiones porque me parecen muy pertinentes para todos nosotros.

En la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,24-30), podemos ver dos miradas, la de los discípulos y la de Dios. La mirada de los discípulos los lleva con una cierta ligereza a juzgar y a dividir el bien y el mal y a tomar medidas inmediatas, drásticas, cortantes. Es muy diferente la mirada de Dios, paciente, sin prisa, capaz de convivir con lo que es negativo. Porque la parábola nos dice que el trigo y la cizaña tienen que crecer juntos. *Es bello también el que esta parábola sea una historia de miradas: la mirada de los siervos, que se fijan en las malas hierbas, en la cizaña; la mirada de Dios, que por el contrario se fija en el trigo bueno [...] he aquí, entonces, que la invitación de la parábola se nos presenta en toda su claridad: conquistar la mirada de Dios.*

Como Hermanos estamos llamados a descubrir y valorar la bondad, la belleza, la vitalidad, la promesa que Dios ha sembrado en nosotros, en nuestros Hermanos, en los niños y jóvenes que nos encomienda, en los seglares con los que compartimos la misión, en los pobres que nos desubican. Esto supone aceptar nuestros límites y los de los demás, no pretender una perfección inalcanzable y poner coto a nuestra tendencia innata de extirpar, erradicar, separar, asumiendo la mirada compasiva de Dios hecha de bondad, de paciencia, de confianza, capaz de perdonar y de dar una nueva oportunidad.

Benedicto XVI nos invita *a mirar de manera justa a la humanidad entera, a cuantos conforman el mundo, a sus diver-*

sas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es una mirada de bendición: una mirada sabia y amorosa, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. En esta mirada se transparenta la mirada misma de Dios sobre los hombres que él ama y sobre la creación, obra de sus manos. En el Libro de la Sabiduría, leemos: «Te compadece de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste [...] Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida» (Sb 11,23-24.26) (Domingo de Ramos 2012).

La mirada de Dios nos invita a ver la realidad con los ojos abiertos, tal y como nos recordó nuestro último Capítulo General, en una expresión que hemos hecho lugar común en estos últimos años. Pero tener los ojos abiertos significa dejarnos alterar por lo que vemos, no ser indiferentes. Se trata de una mirada que nos altera, porque nos sitúa en el otro, una mirada solidaria que nos debería llevar, por ejemplo, a compartir la crisis que hoy embarga a la mayoría de la humanidad y que a lo mejor a nosotros todavía no nos ha tocado. Tener los ojos abiertos es también, algunas veces, sentir la tentación de subirnos en el carro de los *indignados*. Nuestra comunidad de Scampia, en Nápoles, que trabaja con jóvenes en situación de riesgo especialmente por el narcotráfico, hacía una definición de lo que significan estos ojos abiertos: *Mirar, osar, soñar. Un modo de estar dentro de la historia, de caminar en la vida, de creer, de mirar la realidad de los niños y las niñas, de los jóvenes con ternura, confianza, esperanza; arriesgarse en un proceso educativo, soñar en un mundo diferente, poniendo todos a los más pequeños en el*

centro. En cualquier situación, es posible mirar en torno, proponer soluciones, proyectar y realizar sueños compartidos.

2. Pasó haciendo el bien: nuestro seguimiento de Jesús

*Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, Jesús de Nazaret pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él (Hch 10,38). Estas palabras del apóstol Pedro resumen toda la vida de Jesús y pueden alimentar nuestra reflexión y vigorizar nuestro compromiso, ya que la recompensa tanto histórica como escatológica dependerá del *bien* que hayamos hecho a los que el Señor nos confió. Es una idea que se repite frecuentemente en las dos meditaciones que comentamos. ¡Ah, qué estremecimiento de gozo sentirán ustedes cuando oigan la voz de aquellos a quienes han guiado al cielo como de la mano; los cuales dirán de ustedes, en el día del juicio, y también en el cielo, lo que de san Pablo y de sus acompañantes decía una muchacha poseída del demonio, a la que luego libró el apóstol: Estos hombres son siervos del Dios altísimo, que nos han anunciado el camino de la salvación! (Hch 16,17). Y mostrarán así el bien que les hicieron cuando estaban con ellos (Med 208,3).*

Como Jesús también nosotros hemos sido ungidos por la fuerza del Espíritu que nos hace salir de nosotros mismos y de nuestros intereses para entregarnos a los demás en actitud de servicio y acompañamiento como siervos y embajadores suyos. *¡Oh cuán dichosos deben considerarse por trabajar en el campo del Señor! Pues quien siega, dice Nuestro Señor, recibirá infaliblemente su recompensa (Jn 4,36). Dedicuense, pues, en lo sucesivo, con celo y amor a su empleo, porque ése será*

uno los medios más provechosos para asegurar su salvación (Med 207,1).

- *Jesús de Nazaret pasó... nosotros también vivimos un recorrido histórico precario y breve, que Jesús quiso también hacer suyo al encarnarse. La vida del hombre dura lo que la hierba, florece como la flor silvestre, que sopla el viento sobre ella y ya no existe; se ha ido para siempre* (Sal 103,15-16).
- Lo importante es pasar *haciendo el bien* y expulsando demonios. Vivir como peregrinos, sin ciudad permanente, pero siempre abiertos a las necesidades de los demás, gastando nuestra vida cada día, sembrando en cada corazón confianza y alegría, dando razones para vivir y esperar, más que con palabras con nuestra propia vida y con el anuncio de la Buena Nueva de Jesús. *Gloria grande es, en efecto, para ustedes, instruir puramente por amor de Dios a sus discípulos, en las verdades del Evangelio* (Med 207,2). Vivir el Evangelio y anunciar el Evangelio es para nosotros lo más importante. El Fundador nos invita en esto a seguir el ejemplo de San Pablo: *La extensión de la gloria de Dios por la predicación del Evangelio era, pues, todo el consuelo de aquel gran apóstol, y así debe ser el suyo: dar a conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo al rebaño que se les ha confiado* (Med 207,2).
- *Porque Dios estaba con Él.* Y está con nosotros en el desempeño de nuestra misión y en el fondo de nuestro corazón, conscientes de que *nuestra relación con*

Dios es una nueva vida en el “ser para los demás”, en la participación en el ser de Jesús. Las tareas infinitas e inaccesibles no son lo trascendente, sino el prójimo que cada vez hallamos a nuestro alcance (Bonhoeffer).

Nuestro seguimiento de Jesús en clave lasallista se caracteriza por hacerlo presente aquí y ahora en el empleo. Y como dice el Hermano Miguel Campos, *mística y profecía serán inseparables. Oración y ministerio se implican y se retroalimentan mutuamente. Y los mismos misterios y prácticas de virtudes evangélicas que enseñamos son los que hemos visto y aprendido con Jesús [...] Para nosotros el lugar educativo, es decir, las relaciones que vivimos con nuestros discípulos, son el lugar donde Cristo está presente con su poder liberador. El criterio de “la pasión por Cristo”, y un amor incondicional a la lectura de la Escritura en la historia, en el trabajo y en las relaciones vividas es lo que caracteriza este tipo de espiritualidad ministerial de un discípulo llamado a hacer discípulos.*

Podemos recordar también como nuestro Fundador nos habla del *bien* que debemos buscar y realizar. Nos pide que *la escuela vaya bien*, nos impele a trabajar por el *bien* de la Iglesia y de *nuestra sociedad (el Instituto)*, como se lo recordaron los Hermanos en la carta que le enviaron en 1714 para que regresara y tomara de nuevo la animación del Instituto. Pero hay algo que no podemos pasar de largo. Cuando nuestro Fundador habla del *bien* que debemos realizar, no se refiere a estructuras abstractas y lejanas, como podríamos pensar, sino a personas concretas a las que estamos llamados a servir. Que la escuela vaya bien significa que los

niños y jóvenes, especialmente los pobres, encuentren un camino de salvación integral que les permita insertarse en la sociedad y ser ciudadanos del Reino de Dios; el bien de la Iglesia, no tanto en su estructura jerárquica y vertical sino en ese pueblo de Dios humilde y sencillo encarnado en el rostro de los niños y jóvenes que educamos como Hermanos que acompañan más que como maestros que imponen verdades; el bien de nuestra sociedad, cuya finalidad es que sus miembros busquen ante todo la gloria de la Trinidad asociados para el servicio educativo y evangelizador de los pobres y respondiendo a las necesidades de los jóvenes.

Quisiera terminar este apartado con un pensamiento provocativo de Luis Espinal, sacerdote jesuita, asesinado en 1980 en Bolivia. *Pasan los años y, al mirar atrás, vemos que nuestra vida ha sido estéril. No la hemos pasado haciendo el bien. No hemos mejorado el mundo que nos legaron. No vamos a dejar huella. Hemos sido prudentes y nos hemos cuidado. Pero, ¿para qué? Nuestro único ideal no puede ser llegar a viejos. Estamos ahorrando la vida, por egoísmo, por cobardía. Sería terrible malgastar ese tesoro de amor que Dios nos ha dado.* Ciertamente la vida es para darla y para hacer el bien como Jesús. Ojalá se pueda decir de nosotros lo que el cardenal Suenens pudo decir cuando murió Juan XXIII: *que dejaba el mundo más habitable que cuando él llegó.*

3. La esperanza que nos rejuvenece.

Si nos fatigamos y luchamos es porque tenemos puesta la esperanza en Dios vivo (1 Tm 4,10). Parto de este hermoso texto

de San Pablo porque me parece que responde muy bien a lo que hoy, como Hermanos, estamos viviendo. No cabe duda de que a veces nos sentimos fatigados y que las luchas que emprendemos nos parecen inútiles, el horizonte cerrado y las dudas sobre nuestro futuro muy abiertas. Pero el texto continúa con una verdad que fue fundamental para nuestro Fundador en el momento de crear el Instituto. *Tenemos puesta la esperanza en Dios vivo*, y Pablo añade: *salvador de todos los hombres*. Nuestra esperanza no se fundamenta en nuestro saber, poder, méritos, capacidades o santidad. Nuestra esperanza se fundamenta únicamente en el Dios vivo, amigo de la vida *que quiere que todos se salven y que no desprecia nada de lo que ha hecho* (Cf. Sab 11,24-26; 1 Tm 2,4).

Por eso, con absoluta confianza podemos añadir con la Escritura, *ya estamos salvados, aunque sólo en esperanza; y es claro que la esperanza que se ve, no es propiamente esperanza, pues ¿quién espera lo que tiene ante los ojos?* (Rm 8,24). Creo que ese es nuestro problema, no saber ver lo que no podemos ver. Y por eso a veces nuestro pesimismo, porque ponemos nuestra esperanza o nuestra desesperanza en aquello que vemos. Muchas veces pensamos que la propuesta por un futuro mejor la creemos cuando la veamos, pero en realidad la fe y la esperanza van en sentido contrario: lo veremos cuando lo creamos. Y ciertamente, lo que vemos a nivel de Instituto nos preocupa. Nos preocupa el futuro de nuestros distritos: su disminución numérica, el envejecimiento de nuestros Hermanos, nuestra fragilidad, la perseverancia de nuestros Hermanos jóvenes, el sentido de una vida religiosa más evangélica y auténtica, el alcance de la

asociación con los seculares, el poder mantener nuestro servicio educativo a favor de los pobres a pesar de la crisis económica, el responder a las nuevas necesidades de los jóvenes desde nuestra pobreza...

El Fundador, en las meditaciones sobre las que reflexionamos, nos invita a mantener viva la esperanza a pesar de todo, porque estamos comprometidos en la obra de Dios, y nos invita a una doble esperanza, a una esperanza histórica y a una esperanza escatológica. Como lo he señalado otras veces, debemos sentirnos hijos de la tierra e hijos del cielo en unidad indisoluble. Podemos verlo en estos dos textos:

- *Dios, para premiar tan admirable bien y el servicio que tanto aprecia, a quienes se ocupan infatigablemente en la salvación de las almas, les concede ya en este mundo dos clases de recompensas: en primer lugar, abundancia de gracias para ellos; y en segundo lugar, un ministerio más amplio y mayor facilidad para conseguir la conversión de las almas (Med 207,1).*
- *Consideren, pues, que su recompensa será tanto mayor en el cielo, cuanto más fruto hayan producido en las almas de los niños que estuvieron confiados a sus cuidados. Con estos sentimientos decía san Pablo a los corintios: Ustedes serán, en el siglo venidero, nuestra gloria, en el día de Nuestro Señor Jesucristo (2 Co 1,14) (Med 208,1).*

En este sentido nos dice el Hermano Michel Sauvage en un artículo titulado: *Hombre de la tierra y hombre del cielo* publicado en la Revista *Orientations* en 1962, *la esperanza es*

una virtud teologal que se apoya, no en el éxito del hombre, sino en la certeza de la victoria de Cristo. El objeto de esta esperanza es la vida eterna. Y, sin embargo, porque la fe nos dice que Cristo glorioso trabaja ya en el corazón de nuestro mundo terrestre, y que su Espíritu nos ha sido ya dado, nuestra esperanza nos permite, como dice Péguy, ver cómo van las cosas y creer que todo irá mejor... Y así, porque es la virtud del deseo ardiente, de la espera, es también la virtud del compromiso animoso, renovado cada mañana a pesar de nuestras torpezas y contradicciones.

La esperanza es un don, pero conlleva una tarea que se concretiza en signos significativos. Gustavo Gutiérrez en uno de sus escritos nos recuerda un pasaje iluminador del libro de Jeremías, que he recordado en el Encuentro de la IALU en Manila y que ahora lo aplico a nuestra vida de Hermanos. *El país esta devastado, amenazado por los caldeos al norte y por los egipcios al sur, enfrentado en una guerra cuyas consecuencias sufre el pueblo judío. Estamos en los años previos al exilio de Babilonia. En esas circunstancias, viene un pariente para decirle que él, Jeremías, tiene el primer derecho a comprar las tierras que deja un tío de ambos. El profeta se pregunta qué puede significar un terreno en un país parcialmente destruido y del que la gente abandonaba sus propiedades y huía al extranjero. No obstante, de pronto se da cuenta de que el Señor le habla a través de ese hecho. Su tarea es levantar la esperanza de un pueblo, en medio de una crisis de su pueblo y de su propio abatimiento. Para hacerlo debe pisar tierra y testimoniar con gestos concretos que todavía hay esperanza, que hay quien cree que las circunstancias del momento pueden ser superadas (Cf. Jr 32,6-15).*

¿No podrían nuestros distritos, nuestras comunidades pensar en comprar un *terreno* en este momento de incertidumbre? Un *terreno* puede ser un proyecto que responda concretamente a las necesidades de los pobres, de los emigrantes, de los desempleados... Un *terreno* puede ser no aferrarnos a nuestras responsabilidades cuando la edad avanza y saber confiar en los seculares para puestos de responsabilidad. Un *terreno* podría ser un plan interdisciplinario que implique a los estudiantes en un proyecto de servicio... Un *terreno* puede ser un programa de extensión o capacitación para maestros que necesitan actualizarse. Un *terreno* puede ser apadrinar algún proyecto educativo o agrícola en países empobrecidos. Un *terreno* puede ser un proyecto a favor de los jóvenes con problemas con la justicia, o un proyecto al servicio de los niños de la calle. Un *terreno* puede ser un compromiso comunitario por vivir con mayor radicalidad el evangelio y a hacerlo vida en nuestra misión. Como Hermanos necesitamos mucha creatividad evangélica y mucha solidaridad humana. No se trata de mantener a duras penas lo que tenemos sino de responder con amor y eficacia a las necesidades de los jóvenes hoy, especialmente de los más pobres y necesitados.

Ser comunidades de esperanza para la sociedad actual supone conocer bien nuestra realidad y responder con generosidad y eficacia a sus necesidades. Sabemos que partir de la realidad y descubrir en ella el plan salvífico de Dios es uno de los puntos centrales de nuestra espiritualidad lasallista.

Claro que nos podemos preguntar: ¿Quién puede tener la seguridad absoluta de responder cabalmente a la Voluntad

divina? Creo que es una pregunta que todos nos podemos plantear, pero que cobra particularmente fuerza en este momento que hoy vivimos. Pero sobre todo, la duda de si estamos haciendo todos los esfuerzos para volver al Evangelio, nuestra primera Regla; o que si entre programaciones, organigramas, líneas de acción y cronogramas y preocupaciones institucionales, hemos dejado algún resquicio para el Espíritu, para que nos sacuda con su capacidad de hacerlo todo nuevo y renovar la faz de la tierra recordando con San Pablo que, *la esperanza no defrauda, porque al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones* (Rm 5,5). Es una esperanza que no defrauda porque no se fundamenta en nuestra debilidad ni en nuestras incoherencias, contradicciones o proyectos ambiguos, sino en la acción amorosa de Dios que siempre es salvífica, en su fidelidad que no tiene vuelta atrás y en el triunfo del Dios de la vida sobre los ídolos de la muerte como quedó patente en la resurrección de Jesús.

Como nos dice el carmelita Silvio José Báez, nicaragüense, que fue vicepresidente del Teresiano en Roma y actualmente obispo auxiliar de Managua, *la fe y la esperanza de los cristianos son como la de Abraham, pues ponemos nuestra fe y nuestra esperanza en la fidelidad y el poder vivificante de Dios. Abraham creyó en el Dios “que da vida a los muertos” (Rm 4,17); los cristianos “creemos en Aquel que resucitó de los muertos a Jesús, Señor nuestro” (Rm 4,24). El Dios que cumplió sus promesas a Abraham, es el Dios que ha resucitado a Jesús de la muerte. Abraham esperó una tierra y una descendencia, los que creemos en Cristo esperamos ser transformados a imagen del Señor Resucitado, esperamos un cielo nuevo y una*

tierra nueva [...] La esperanza cristiana no se basa en las propias capacidades o en la fuerza de voluntad, ni tampoco depende de una decisión humana. Su fundamento es la experiencia del amor de Dios, comunicado personal e interiormente al creyente. Quien se descubre cada día amado por Dios, está preparado para esperar en Él.

Nuestra esperanza histórica y escatológica no es por consiguiente una actitud fatalista ante un futuro que no vemos con claridad, ni la podemos reducir tampoco a una resignación pasiva o a un optimismo ingenuo. El fundamento de nuestra esperanza es el Dios revelado por Jesús en el Evangelio, el Dios tan bueno que quiere que todos se salven, que quiere que todos tengan vida y vida en abundancia, el Dios que cautivó el corazón de nuestro Fundador, el Dios que tiene un amor preferente por los pequeños y pobres, el Dios que estamos llamados a hacer visible gracias a nuestra entrega generosa y humilde de cada día, el Dios que siempre está a nuestro lado, el Dios que nos llama a ser instrumentos de salvación para los jóvenes. Nuestra esperanza tiene su fundamento en la certeza de que *ni lo presente, ni lo futuro [...] ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rm 8,39).

Nuestra esperanza escatológica nunca debe ser subterfugio para no comprometernos con nuestra historia. Nuestra misión es trabajar siempre y sin descanso por un mundo más humano en donde todos podemos vivir como hermanos/as... Se trata de una esperanza siempre inconclusa pero que nos impele a seguir caminando, a tener fe en las potencialidades humanas, a creer que un mundo diferente es

posible, a descubrir el paso del Señor en la historia, a ser testigos del Dios de la Vida. *En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inútilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada para crear los tiempos nuevos. La esperanza es una virtud esencialmente creadora; por eso cesará cuando, al final, todo esté hecho y acabado. El cielo será el reposo conseguido por la búsqueda de la fe, la constancia de la esperanza y la actividad del amor (1 Ts 1,3). La felicidad eterna será eso: saborear en Dios para siempre la posesión de un Bien intuido por la fe, perseguido en la esperanza y alcanzado por el amor* (Monseñor Eduardo Pironio).

4. La alegría fruto de la esperanza

Uno de los frutos más importantes de la esperanza tanto histórica como escatológica es la alegría. Así nos lo dice el Fundador al hablar de nuestra misión evangelizadora: *¡Qué alegría ver que recibieron la palabra de Dios en sus catecismos, no como palabra de hombres, sino como la palabra de Dios, que actúa poderosamente en ellos (1 Ts 2,13), como se manifiesta visiblemente por la buena conducta que siguen observando! Por tanto podrán decir, en el consuelo que experimentarán al ver su perseverancia en la piedad, que ellos son su esperanza, su gozo y su corona de gloria ante Nuestro Señor Jesucristo (1 Ts 2,19)* (Med 207,3). Y este sentimiento para el Fundador no se queda en una bella teoría. En muchas de sus cartas expresa la gran alegría que experimenta al ver que sus corresponsales, casi todos Hermanos, se encuentran en esa buena disposición; el *siento mucha alegría* se repite continuamente. Así, le dice al Hermano Roberto, *le aseguro que*

nunca siento mayor alegría que cuando me entero de que caminan con valentía por los senderos de la justicia aquellos que están confiados a mi dirección. (Carta 60, Hno. Roberto, 1709).

La esperanza nace del deseo de felicidad que Dios ha puesto en nuestros corazones. La alegría viene de Dios y es uno de los frutos del Espíritu (Cf. Ga 5,22). Una felicidad que como nos dice nuestro Fundador comienza en la tierra y culmina en el cielo, es compromiso temporal y terreno y al mismo tiempo espera gozosa. A esto estamos llamados en contraposición a una espiritualidad que piensa que la felicidad es fruto del egoísmo y, la alegría de la superficialidad. San Pablo afirma que la voluntad de Dios es que estemos siempre alegres. *Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros* (1 Ts 5,16-18).

Durante el tiempo Pascual de este año me ha llamado poderosamente la atención cómo Jesús en el discurso de despedida insiste en el deseo de que sus discípulos vivan y compartan su misma alegría, una alegría completa, que nadie les podrá arrebatar y que sea plena. Se trata de adjetivos categóricos.

- **Juan 15,11:** *Les he dicho todas estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea completa.*
- **Juan 16,22:** *Así también ustedes ahora sienten tristeza, pero yo los volveré a ver y su corazón se llenará de alegría, y nadie les podrá arrebatar ese gozo.*

- **Juan 17,13:** *Pero ahora que voy a ti, y estando todavía en el mundo, digo estas cosas para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría.*

Pero también la lectura continuada de los Hechos de los Apóstoles que tenemos la dicha de escuchar y meditar durante ese tiempo litúrgico, nos hace partícipes de la alegría contagiosa en el Espíritu de las primeras comunidades cristianas. Hoy, nosotros, continuamos ese caminar histórico iniciado por Jesús. Tenemos la gracia de estar en contacto con los jóvenes, sinónimo de alegría, estamos llamados por vocación a ser testigos para ellos de ese Dios alegre, que es la alegría de nuestro corazón.

En su mensaje para la XXVII Jornada de la Juventud en el 2012, el Papa invitaba a los jóvenes a ser alegres y a ser testigos de la alegría y señalaba algunas razones para serlo, que es bueno que nosotros compartamos también con ellos. *Cada día el Señor nos ofrece tantas alegrías sencillas: la alegría de vivir, la alegría ante la belleza de la naturaleza, la alegría de un trabajo bien hecho, la alegría del servicio, la alegría del amor sincero y puro. Y si miramos con atención, existen tantos motivos para la alegría: los hermosos momentos de la vida familiar, la amistad compartida, el descubrimiento de las propias capacidades personales y la consecución de buenos resultados, el aprecio que otros nos tienen, la posibilidad de expresarse y sentirse comprendidos, la sensación de ser útiles para el prójimo. Y, además, la adquisición de nuevos conocimientos mediante los estudios, el descubrimiento de nuevas dimensiones a través de viajes y encuentros, la posibilidad de hacer proyectos para el futuro. También pueden producir en nosotros una ver-*

dadera alegría la experiencia de leer una obra literaria, de admirar una obra maestra del arte, de escuchar e interpretar la música o ver una película (Benedicto XVI).

Aquí también descubrimos una alegría terrena, pero que nos abre el corazón al deseo y a la búsqueda de una felicidad eterna y sin límites que solamente Dios podrá saciar. *En realidad, todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. Dios nos ha creado a su imagen por amor y para derramar sobre nosotros su amor, para colmarnos de su presencia y su gracia. Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina: yo soy amado, tengo un puesto en el mundo y en la historia, soy amado personalmente por Dios. Y si Dios me acepta, me ama y estoy seguro de ello, entonces sabré con claridad y certeza que es bueno que yo sea, que exista (Idem).*

5. Gratuidad y recompensa

Aparentemente estos dos términos son contradictorios. Sin embargo los encontramos presentes en el Evangelio no como opuestos sino como complementarios. Con San Pablo debemos reconocer que todo lo hemos recibido y que todo es gracia, como nos lo recordó estupendamente Ber-

nanos en el *Diario de un cura rural*. Jesús lo expresó sin ambages: *Han recibido gratuitamente, den también gratuitamente* (Mt 10,8). La gratuidad es la fuente originaria del don que nos hace experimentar que *hay más alegría en dar que en recibir*, como decía el Señor Jesús (Hch 20,35). Esta gratuidad esencial nace del amor absoluto e incondicional del Padre: *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó [...] ¡Él nos amó primero!* (1 Jn 4,10.19). Se trata ciertamente de un amor gratuito e incondicional: *Los amaré sin que lo merezcan* (Os 14,5).

El Evangelio nos invita permanentemente al don como nos lo recuerda San Pablo: *Sepan que quien siembra mezquinamente tendrá una cosecha muy pobre, en cambio el que siembra con generosidad, cosechará abundantemente [...] Dios ama al que da con alegría* (2 Co 9,6-10).

Creo que debemos hacer nuestra la convicción que animaba a Gustavo Gutiérrez O.P. cuando cumplió 70 años: *Estoy convencido de que sin gratuidad, sin amor, sin oración, sin alegría no hay vida cristiana. Pero sin solidaridad con los más pobres, sin hacer nuestros sus sufrimientos y sus esperanzas, su derecho a la vida, tampoco hay vida cristiana genuina. El ámbito de la gratuidad no es un paréntesis en las eventuales tensiones de esa solidaridad y menos aún el reposo de quienes están enfrascados en la construcción de un mundo justo. Es, más bien, lo que da dinamismo y sentido a ese compromiso. No hay nada más exigente que el amor gratuito.*

Ciertamente la gratuidad no se desinteresa por la eficacia histórica pero tampoco se identifica con la lógica del mer-

cado, la competencia sin alma o la ley de la oferta y la demanda ni tampoco con el rescate de la banca. En una sociedad como la nuestra en que parece que todo se puede comprar y vender y en la que muchas veces la persona humana se convierte en simple mercancía, la gratuidad es la expresión del valor absoluto de la persona humana, y como Hermanos estamos llamados a ser testigos de esta verdad fundamental.

La gratuidad nos debe llevar a convertir nuestra vida en entrega desinteresada, en solidaridad, diálogo y servicio. Así nos lo pide nuestro Fundador: *Su profesión los obliga a enseñar a los niños la ciencia de la salvación, y tienen obligación de ejercerla con total desinterés. ¿Lo hacen con la única mira de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo? Asegúrenle a Dios que jamás tendrán otra intención* (Med 108,2). Y como lo afirma también en una de las dos meditaciones que inspiran esta Carta: *Gloria grande es, en efecto, para ustedes, instruir puramente por amor de Dios a sus discípulos, en las verdades del Evangelio* (Med 207,2).

La gratuidad nos hace vivir en la lógica del don, como nos dice el filósofo catalán Francesc Torralba: *Comprender la propia existencia desde la lógica del don significa percatarse de que el fin esencial de vivir consiste en dar lo que uno es, en exteriorizarlo, pues solo de ese modo se enriquece la realidad, se hace más bella, más plural, se continúa el proceso creativo del mundo. Para ello, resulta indispensable indagar lo que uno es, cuáles son sus dones y sus capacidades.* Naturalmente, para entregarlos incondicionalmente sobre todo a los pobres, a los menos amados, a los jóvenes en busca de sentido para sus vidas.

Si la gratuidad es un valor evangélico, como acabamos de ver, es también uno de los principales valores lasallistas. No podemos olvidar que nuestro primer nombre fue Maestros de las Escuelas Cristianas y Gratuitas. Una gratuidad que no podemos reducir al aspecto material solamente ni hacerla objeto de una casuística como la que se vivió por largos años en nuestro Instituto. Para el Fundador se trataba de algo esencial, y estas son sus palabras tomadas de la Regla de 1705 y repetidas en la de 1718: *Los Hermanos darán clase gratuitamente en todas partes y esto es esencial a su Instituto* (R.C. 7,1). Por eso no nos debe extrañar que el primer biógrafo Blain ponga en la boca del Arzobispo de Ruan la siguiente definición de los Hermanos: *hombres consagrados a la instrucción y educación de la juventud más pobre y más abandonada [...] al servicio gratuito de los más pobres y miserables*. Y es que en la mente del Fundador estamos llamados a imitar a Dios y hacer visible y eficaz su amor gratuito e incondicional, especialmente para los pobres.

Por eso para animarnos en este compromiso tan exigente y tan actual quisiera compartir el estupendo testimonio del nuevo Presidente de Singapur, Sr. Tony Tan, que tomó posesión el 1 de septiembre de 2011: *Pasé mis años de formación en St Patrick's School y en St Joseph's Institution, centros dirigidos por los Hermanos de La Salle. Ellos dedicaban su vida a educarnos. Los Hermanos nos recordaban a diario que cada uno de nosotros tenía la obligación de ayudar a los últimos, a los extraviados, y a los menos importantes (the last, the lost, and the least). El éxito de Singapur no puede ser juzgado solamente por nuestro ranking en las tablas internacionales o el*

éxito de nuestras personas con más ambiciones. Como sociedad, tenemos que juzgarnos por la forma como atendemos a los necesitados. Juntos debemos asegurarnos de que los últimos no se quedarán atrás; los extraviados tendrán una mano que guía; y los menos importantes serán los primeros en nuestras consideraciones, como sociedad democrática.

Pero el Evangelio también nos habla de recompensa, como lo hace nuestro Fundador en las dos meditaciones que comentamos. No se trata de una recompensa egoísta que nos centra en nosotros mismos y en nuestros intereses personales, sino de una recompensa que es consecuencia de nuestra entrega a los demás y de haber puesto el don recibido a su servicio. *Y cualquiera que diere a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, en nombre de discípulo, de cierto les digo, que no perderá su recompensa (Mt 10,42). Vengan benditos de mi Padre. Tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre...* (Mt 25,34-35); recompensa paradójicamente impregnada de gratuidad como nos dice San Pablo: *Ahora bien, ¿cuál es mi recompensa? Predicar el Evangelio entregándolo gratuitamente, renunciando al derecho que me confiere el Evangelio* (1 Co 9,18).

La Salle, como hemos visto en el tema de la alegría, nos habla aquí también de una recompensa terrena y de una recompensa escatológica. Pero es interesante ver que en otras de sus meditaciones, la recompensa prometida en la tierra está marcada también por las persecuciones y el sufrimiento, en especial cuando se trabaja en favor de los pobres.

Todo el agradecimiento que ha de esperarse por haber instruido a los niños, y sobre todo a los pobres, son las injurias, los ultrajes, las calumnias, las persecuciones y aun la muerte (2 Co 12,10). Esa es la recompensa de los santos y de las personas apostólicas, como lo fue para Jesucristo Nuestro Señor. No esperen otra, si tienen a Dios como mira en el ministerio que les ha confiado (Med 155,3). Los 74 Hermanos mártires españoles que serán beatificados en octubre del año entrante, así lo manifiestan y son prueba de ello.

En las dos últimas *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, el tono es más optimista como conviene a una visión escatológica y final. Por eso aun en este “valle de lágrimas” tenemos motivo de sentirnos recompensados por Dios: *Consideren, pues, como importante recompensa que Dios les concede ya en este mundo, ver que por medio del establecimiento de las escuelas de cuya dirección los ha encargado, aumentan el espíritu religioso y la piedad entre los fieles, y particularmente entre los artesanos y los pobres. Den todos los días gracias a Dios (1 Ts 1,2), por Jesucristo Nuestro Señor, de haberse dignado establecer este beneficio y dar este apoyo a la Iglesia. (Med 207,3).*

En la última de las meditaciones, el Fundador nos presenta la recompensa del cielo en tono casi apoteósico, recordándonos que la recompensa que entonces recibiremos dependerá no tanto de nuestros méritos personales o de nuestra perfección moral sino y sobre todo de lo que hayamos hecho a favor de los niños y jóvenes que nos ha confiado, que serán entonces nuestra corona y gloria. *Consideren, pues, que su recompensa será tanto mayor en el cielo cuanto*

más fruto hayan producido en las almas de los niños que estuvieron confiados a sus cuidados. Con estos sentimientos decía san Pablo a los corintios: Ustedes serán, en el siglo venidero, nuestra gloria, en el día de Nuestro Señor Jesucristo (2 Co 1,14). Lo mismo pueden decir ustedes de sus discípulos, a saber, que el día del juicio ellos serán su gloria, si los instruyeron bien y si aprovecharon sus instrucciones (Med 208,1).

Ciertamente estos pensamientos nos llenan de esperanza, seguros de que será realidad la promesa del Señor de la vida: *Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida (Ap 21,6).*

6. Iconos que nutren nuestra esperanza

Sigo aquí el esquema de las Cartas Pastorales de este segundo período inspiradas en las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro* de nuestro Fundador, e iluminadas por algunos iconos lasallistas actuales. Iconos que son el fruto especialmente de nuestros orígenes fundacionales y de experiencias vividas durante mis visitas y que pueden motivarnos a vivir con mayor autenticidad nuestra vida de Hermanos, consagrados en comunidad por el Dios Trinidad, que se rejuvenecen en la esperanza del Reino.

- **Adrián Nyel, icono de nuestra asociación**

Este año estamos recordando el 325 aniversario de Adrián Nyel, quien murió el 31 de mayo de 1687. No dudaría en llamarlo un icono de nuestra asociación con los seglares.

Los Hermanos del Distrito de Argentina-Paraguay nos han recordado en un bello y sugestivo folleto este importante aniversario y lo han llamado en términos muy lasallistas: *cómplice del Dios sabio y suave*.

Nuestros inicios tuvieron como precursores a un laico y una laica como nos lo recuerda el Fundador en la *Memoria de los comienzos*. *Fueron esas dos circunstancias, a saber, el encuentro con el señor Nyel y la propuesta que me hizo esta señora, por las que comencé a cuidar de las escuelas de niños. Antes, yo no había, en absoluto, pensado en ello; si bien, no es que nadie me hubiera propuesto el proyecto. Algunos amigos del señor Roland habían intentado sugerírmelo, pero la idea no arraigó en mi espíritu y jamás hubiera pensado en realizarla.*

Si el nombre de la seglar se ha prestado a varias interpretaciones, el de Nyel es innegable, por eso el biógrafo Blain nos dice: *Si este simple laico no hubiera abierto las escuelas cristianas y gratuitas, si no hubiera puesto al piadoso canónigo en movimiento para cuidar de ellas y procurar su establecimiento, seguramente La Salle no habría hecho esos grandes sacrificios de los que se ha hablado antes.* Y esto mismo es lo que afirma el Fundador al compartírnos en el mismo memorial la repugnancia inicial a tal proyecto y el descubrimiento de un Dios que gobierna todas las cosas con sabiduría y suavidad que lo fue llevando de compromiso en compromiso a hacerse cargo de las escuelas y de los maestros.

Reconocer esta inspiración laical de nuestros orígenes es una razón más para asumir como un signo de los tiempos y un regalo de Dios la asociación que hoy estamos viviendo

con los seglares. Precisamente en los próximos meses tendremos la Segunda Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasallista, un momento en que Hermanos y Seglares de todo el mundo vamos a reflexionar juntos y por asociación sobre cómo asegurar el futuro del ministerio que la Iglesia nos ha confiado en favor de los niños y jóvenes, especialmente los pobres. Acercarnos a la vida de este hombre de Iglesia, este hombre consagrado profundamente a la gloria de Dios por el servicio de los pobres en la educación, este hombre que participa de la renovación profunda de la sociedad en la que vive y, sobre todo, este hombre buscador inquieto, dispuesto a responder con más impulso que realismo a las necesidades de los niños, puede ayudarnos a vivir con mayor responsabilidad y creatividad nuestra misión y nuestra propia participación en los importantes eventos que a nivel de Instituto, de Región y de Distrito viviremos en los dos años que vienen.

- **El Distrito de Oriente Próximo, icono de la posibilidad de vivir como hermanos y hermanas**

Durante los meses de marzo y abril tuve la oportunidad con el Hermano Jacques d’Huiteau de visitar durante cinco semanas el Distrito de Oriente Próximo. Como saben este distrito está compuesto de siete países que pude visitar en este orden: Líbano, Jordania, Palestina, Israel, Turquía, Sudán y Egipto. Un distrito complejo en una de las zonas más conflictivas del mundo, pero al mismo tiempo con profundas raíces lasallistas y con un espíritu fraternal en las escuelas que va más allá de las diferencias étnicas y religiosas. Fueron semanas de ricas experiencias y de una cálida acogida. Como

de costumbre hemos enviado una carta detallada al distrito. Aquí me contento con señalar algunos aspectos que me emocionaron y que abren nuestro corazón a la esperanza.

En particular me impactaron profundamente tres cosas. La primera, el enorme afecto y aprecio que estas poblaciones tienen para con los Hermanos, más allá de su credo religioso. En este sentido nuestras escuelas se han constituido en lugares en donde, al igual que en Asia, profesores y jóvenes encuentran un lugar de diálogo, respeto y tolerancia. La calidad de nuestras escuelas y el aprecio por nuestros Hermanos van de la mano. Un ejemplo es nuestra escuela de Jaffa en Israel. Se trata de una escuela única en donde tenemos profesores y alumnos judíos, musulmanes y cristianos de distintas denominaciones, los alumnos son de 32 nacionalidades diferentes, viven en armonía y fraternidad y aprenden y hablan cuatro idiomas: hebreo, árabe, francés e inglés.

Pienso que no hay mejor lugar que la escuela para el diálogo ecuménico e interreligioso ya que se viven unas relaciones de respeto, aceptación y convivencia en un marco muy normal de vida. Y lo bonito es ver cómo este espíritu se prolonga más allá de la escuela con nuestros exalumnos, que mantienen lazos muy estrechos con los Hermanos.

Creo que una de las cosas que más me ha enriquecido en estos años romanos es descubrir con admiración y acción de gracias la presencia del Dios que quiere que todos se salven en las distintas culturas y religiones y, al mismo tiempo, ver cómo los valores lasallistas de fe, comunidad y servicio se encarnan en esta enorme diversidad. Me parece oportuno

para confirmar lo anterior compartirles el testimonio de un alumno musulmán de Nueva Zelanda que durante la visita que hice a ese país me pidió que rezará por él. Últimamente me ha enviado una carta en la que me recuerda su petición y añade: *Somos ramas del mismo árbol y estoy muy contento Hermano de que haya estado atento a mi petición porque estoy seguro de que mi éxito depende también de su oración. Ahora sé por qué Dios me llevó a una escuela lasallista y por esto le estoy profundamente agradecido; porque, Hermano Álvaro, si yo no tengo hermanos de sangre, Nuestro Señor me ha dado ahora más de mil hermanos, incluyéndolo a usted, lo que significa mucho para mí.* (Mohammed Ali).

Creo que debemos hacer nuestro el llamamiento que el Pontificio Consejo para el Diálogo interreligioso hacía el 3 de abril de 2012 con ocasión de una festividad budista: *Hoy en día, cada vez en más aulas de todo el mundo, estudiantes que pertenecen a distintas religiones y creencias se sientan juntos, aprendiendo unos con otros y unos de otros. Esta diversidad plantea retos y suscita una reflexión más profunda acerca de la necesidad de educar a los jóvenes a respetar y comprender las creencias y prácticas religiosas de los demás, de crecer en el conocimiento de las suyas, de avanzar juntos como seres humanos responsables y de estar dispuestos a trabajar codo con codo con personas de otras religiones para solucionar conflictos y promover la amistad, la justicia, la paz y el desarrollo humano auténtico* (Cardenal Jean-Louis Tauran y el Arzobispo Pier Luigi Celata). Esto es ya una hermosa realidad en nuestro Distrito de Oriente Próximo y en otras partes del Instituto. Esto debe rejuvenecer nuestros corazones en la esperanza del Reino.

He admirado también en el Distrito de Oriente Próximo la sección que tienen algunos de nuestros colegios para alumnos con alguna discapacidad en el seno mismo de la escuela; nuestra presencia en Sudán, tanto Norte como Sur, en un momento histórico difícil y de transición; los programas de servicio social, la presencia de grupos Signum Fidei, y el desarrollo del movimiento scout y otros grupos de pastoral juvenil. ¿Y cómo no recordar la alegría contagiosa de nuestros alumnos de Jerusalén y el extraordinario trabajo que realizan nuestros Hermanos y otros Lasallistas en la Universidad de Belén?

- **Encuentro Internacional de Mujeres lasallistas, icono de la ternura de Dios**

Hasta hace pocos años cuando hablábamos de asociación para el servicio educativo de los pobres pensábamos solamente en nuestros Hermanos de comunidad y de distrito. Más tarde en nuestros Hermanos de Región y de Instituto. Pero hoy, sin duda, estamos convencidos de que la asociación abarca también a todos aquellos que comparten nuestra misión y se asocian con nosotros. Y en este nuevo camino las mujeres tienen una misión muy especial. Hoy constituyen más de la mitad de nuestros efectivos. Al comentar esta nueva realidad nos dice la Circular 461: *Una vez más la historia fundacional sigue siendo vivida bajo una nueva perspectiva [...] pasando de la crisis a una encrucijada de posibles caminos y del desaliento a la esperanza* (Circular 461,1.14).

He vivido una experiencia muy hermosa en Tailandia en el mes de mayo. Se tuvo un Encuentro de Mujeres Lasallistas

de Asia y el Pacífico. A pesar de la diversidad cultural y en algún caso también de credo religioso, su espíritu lasallista fue maravilloso. Juntas, estas mujeres lasallistas aprendieron más acerca de la influencia de las mujeres en la vida del Fundador, compartieron la historia de su propio camino espiritual, se asombraron ante la variedad de formas de vivir la misión a favor de los niños, los jóvenes, los pobres... rezaron, gozaron, discernieron juntas las prioridades y desafíos del futuro.

Personalmente fue una confirmación de la nueva realidad que hoy vivimos en el Instituto, esta nueva forma que nos hace sentir que el carisma lasallista no es patrimonio reservado para los Hermanos, sino que es compartido con todos aquellos con quienes realizamos nuestra misión, especialmente con aquellos que de una manera particular quieren vivir asociados con nosotros haciendo suyos la espiritualidad y la misión lasallistas. El rostro femenino que hoy también tiene La Salle es un motivo de profunda esperanza para nuestro futuro y el futuro de nuestra misión. Lo expresa muy bien la Circular 461 al hablar de las mujeres lasallistas, *su presencia sin duda, ayudará a construir una sociedad más humana y más centrada en el valor de la comunidad; será una buena ayuda para reexaminar las formas de pensar, para situar el mundo Lasaliano de manera algo distinta en la historia y para organizar la vida social, política, económica y religiosa de modo que sea más intuitiva y relacional* (Circular 461,1.14).

- **Canadá francófono y Filipinas: iconos de la alegría**

En el mes de mayo, también vivimos la puesta en marcha

de la nueva Región RELAN (Región Lasallista de América del Norte). Lo más importante en la gestación de la nueva Región RELAN es que nuestro Instituto, en este momento histórico, pueda responder mejor y con estructuras renovadas a los retos que nos plantea, por una parte, la disminución numérica de nuestros Hermanos y, por otra, el asegurar el futuro de la misión lasallista en esta parte del mundo, con el aporte de los laicos que desean compartir nuestro carisma y misión, sin cerrar la puerta a nuevas vocaciones de Hermanos, de manera que podamos seguir siendo, como nos dice el documento *Vita Consecrata*, una *prolongación en la historia de una especial presencia del Señor resucitado* (VC 19).

Si una reestructuración sólo se manifiesta en el cambio de estructuras pero no supone una renovación de los elementos constitutivos de nuestra vocación, es una reestructuración sin futuro. Me parece, por eso, que en el centro de la nueva Región debemos colocar a los jóvenes que educamos y aquellos que en el futuro serán objeto de nuestros desvelos. Son ellos la razón de ser de nuestro Instituto, de la Misión lasallista y deben serlo de la RELAN.

Responder a sus necesidades, estar atentos a sus frágiles vidas, ser sensibles a sus pobrezas, descubrir en ellos, como nos lo recomienda el Fundador, el rostro mismo de Jesús, es el principal motivo que nos debe llevar a sellar una Alianza, a unirnos y crear una nueva estructura de *coordinación y colaboración* que, con creatividad y dinamismo, nos ayude a encontrar caminos de vida y esperanza en su favor, espe-

cialmente de aquellos más pobres y necesitados. Y en este proceso, no podemos dejar de lado a los muchos seglares y otros lasallistas que comparten nuestra misión y nuestro carisma. El nacimiento de la RELAN lo vivimos en Montreal el 19 de mayo. Creo que esto dio ocasión a Hermanos venidos de los Estados Unidos de experimentar con admiración el espíritu de nuestros Hermanos canadienses.

Canadá es una de las regiones en donde los Hermanos son de mayor edad. Sin embargo, la misión lasallista goza de buena salud gracias a la capacidad que han tenido los Hermanos de atraer a jóvenes que se comprometen de una manera muy creativa en proyectos evangelizadores, catequéticos o en campos de verano. Como dije durante las ceremonias de inauguración de la nueva Región, Canadá francófono, a pesar de tener una edad media de más de 81 años es el distrito de la *alegría* en el Instituto. Me parece también que Canadá es la región del Instituto que mejor ha sabido mantener joven el espíritu de sus muchos Hermanos jubilados, que en la medida de sus posibilidades tienen un gran interés por la misión lasallista y la acompañan de cerca.

Filipinas está a muchos kilómetros de distancia y su realidad es muy diferente ya que se caracteriza por la juventud de sus Hermanos. Sin embargo, pienso que aquí también nuestros Hermanos filipinos pueden ser para nosotros un icono de la alegría. Si se han fijado en las fotografías es casi imposible no verlos sonriendo. En pocos lugares se vive con tanto entusiasmo el ser lasallista, no solamente en el ámbito de los Hermanos sino también de todos los miembros de

nuestra Familia espiritual. Todo esto lo pudimos vivir los Hermanos venidos de muchos lugares para celebrar el Centenario de nuestra presencia en el país. Con motivo del centenario, los lasallistas filipinos asumieron tres compromisos muy exigentes: sembrar un millón de árboles, constituir un fondo de becas para el 20% de los alumnos y comprometerse con mayor empeño en el trabajo de la pastoral vocacional.

Como gustaba decir mi predecesor, el Hermano John Johnston, en relación a nuestro Instituto: *Cada vez que cierro mis ojos, sé, que al abrirlos, habrá algo nuevo en Filipinas.* Y termino con una cita de un filipino ilustre, Jose “Pepe” Diokno: *La realidad es a menudo más hermosa que cualquier otra cosa que podamos concebir. Si somos capaces de liberar la energía creativa de nuestro pueblo, entonces seremos una nación llena de esperanza, llena de alegría, llena de vida y llena de amor, una nación que no será una nación para nuestros niños sino una nación de nuestros niños.*

- **Llamados a ser Hermanos: icono de la dimensión horizontal**

Tuve la dicha de participar en un encuentro con más de 300 Hermanos estadounidenses y algunos canadienses del 15 al 19 de julio en Lewis University, Chicago, en la culminación de una experiencia regional empezada hace dos años con el título: *Llamados a ser Hermanos.* Cincuenta asociados y voluntarios lasallistas se nos unieron en la segunda parte de la Asamblea. Me pareció excelente esta iniciativa, ya que el ser Hermanos no es algo estático sino que supone estar en mo-

vimiento y descubrir cada día, desde la fe, lo que esto significa, sobre todo en una sociedad marcada por el individualismo, el consumismo y la búsqueda del éxito, y en una Iglesia clericalizada en la que predomina muchas veces la búsqueda del primer lugar y un verticalismo que tiende a olvidar el igualitarismo bautismal. Como Hermanos estamos llamados a ser el sacramento de la dimensión horizontal en la Iglesia para la vida del mundo, el rostro más humano y compasivo de la Iglesia.

Como podrán recordar, nuestro último Capítulo General, con la recuperación de nuestra asociación para el servicio educativo de los pobres como nuestro primer y más importante voto, nos ha permitido hacer memoria evangélica de nuestros orígenes y de la inspiración fundamental que determinó al Fundador y a los primeros Hermanos a vivir la fraternidad como una llamada de Dios y una respuesta a su proyecto de salvación universal, estableciendo una comunidad de Hermanos constituida por personas libremente asociadas por Dios para el servicio de la juventud pobre y abandonada; comunidad constantemente dinamizada por la referencia al Dios viviente, a su obra y a su gloria. De ahí la invitación que nos hizo el 44º Capítulo General a ser: *Hombres de fraternidad entre nosotros, inspirados en la oración de Cristo: “Padre, que sean uno como tú y yo somos uno...”* (Cf. Regla 48). *Hombres de fraternidad con los educadores que comparten con nosotros la misión. Hombres de fraternidad con los jóvenes y los adultos, especialmente los pobres. Hombres de fraternidad en la Iglesia* (Circular 455 p. 19).

Tuvimos la inmensa gracia de contar entre los presentadores con la Hermana Sujita que, al igual que en nuestro Capítulo General del 2007, nos hizo una ferviente invitación a ser, como Hermanos, hombres de una profunda, vibrante y saludable espiritualidad evangélica que nos haga sentir que nuestro *ser* interior, como hijos ante el Padre, es condición indispensable de nuestro *hacer* en la misión con nuestros hermanos y hermanas.

Comparto algunos de los interrogantes que nos hacía al final de su charla. Mirando a nuestro actual estilo de vida, valores, prácticas, acciones ¿cuál es el más incisivo y claro mensaje evangélico que damos a la gente que nos rodea? ¿Estamos dispuestos a correr el riesgo de hacer nuestra la *locura de Jesús*, para que los sueños revolucionarios de Dios por una nueva tierra y un nuevo cielo se conviertan en realidad en nosotros y a través de nosotros, Hermanos de Jesús? ¿Podrá nuestra pasión por Jesús encender de nuevo el fuego interior que ayude a nuestra Madre Iglesia a ser una presencia profética y transformadora en nuestro mundo de hoy? ¿Permitimos que nuestra pasión por Jesús ilumine los temas mayores de nuestro mundo hoy, como: el cambio climático, la pobreza, la injusticia y el sufrimiento...?

Conclusión

Consagrados por el Dios Trinidad como comunidad de Hermanos que se rejuvenecen en la esperanza del Reino. Es un don y una tarea; una llamada a hacer nuestra la mirada de Dios y, como Jesús, pasar haciendo el bien. Es ser porta-

dores de una esperanza que se traduce en alegría, es vivir como la mayor recompensa el amor gratuito de Dios reflejado en nuestra misión cotidiana en favor de los que el Señor ha puesto en nuestras manos.

Ciertamente no es fácil, pues como nos dice el Padre Bernardo Olivera, argentino, antiguo Superior General de los Trapenses, y amigo personal hablando a sus monjes: *Algunas de nuestras comunidades en el mundo noroccidental se encuentran hoy probadas en su esperanza. El progresivo envejecimiento, la falta de vocaciones, la disminución de miembros, la pobreza de personas competentes y el futuro incierto son, ciertamente, una prueba difícil de atravesar. Pero son también una oportunidad y una ocasión. Oportunidad de vivir una vida monástica diáfana y evangélica, despojada de adherencias que han perdido significatividad, ligera y ágil en su ritmo cotidiano, doméstica en su economía y edificios, centrada esencialmente en la búsqueda y el encuentro con el Señor en la comunión y la caridad. ¿No podríamos aplicar también estas palabras a nuestras comunidades?*

No es fácil porque personalmente somos conscientes de nuestros límites, debilidades, incoherencias, mezquindades y contradicciones. Pero como hemos visto nuestra esperanza está afincada en Dios. Un Dios que es todo amor y gratuidad. Un Dios que nos dice: *Yo me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí; me he dejado hallar de quienes no me buscaban. Dije: "Aquí estoy, aquí estoy" a gente que no invocaba mi nombre* (Is 65,1). Esto nos motiva a no desanimarnos y a ser conscientes de que *los tiempos difíciles exi-*

gen hombres fuertes; es decir, que viven en la firmeza y perseverancia de la esperanza. Para ello hacen falta hombres pobres y contemplativos, totalmente desposeídos de la seguridad personal para confiar solamente en Dios, con una gran capacidad para descubrir cotidianamente el paso del Señor en la historia y para entregarse con alegría al servicio de los hombres en la constitución de un mundo más fraterno y más cristiano (Monseñor Pironio).

No es fácil, porque a nivel de Instituto y de vida religiosa no vemos con claridad el futuro. Pero esto también es gracia, como nos dice Jean-Claude Guy citado en la Asamblea Intercapitular del Distrito de Francia por el Hermano Visitador Jean Paul Aleth el 7 de julio de 2012: *Un Instituto religioso no puede descansar en su vitalidad o sus realizaciones pasadas, sino que debe vivir en estado permanente de vocación, es decir de incertidumbre y de disponibilidad de cara a su futuro; el futuro de una vocación que nunca ha dejado de acoger porque nunca ha dejado de responder.* Por eso debemos hacer nuestra la intención de oración que el Fundador nos sugiere en una de las meditaciones que nos han servido de hilo conductor de esta carta: *Pídanle, además, insistentemente, que se digne incrementar su Instituto, y hacer que fructifique de día en día, para que, como dice san Pablo, los corazones de los fieles se afiancen en la santidad y en la justicia (1 Ts 3,13) (Med 207,3).*

No es fácil, y esto nos lleva a una elección, como nos dice Etty Hillesum dos meses antes de ser recluida en un campo de exterminio. *Hay que elegir. Pensar en nosotros mismos sin*

preocuparnos de los demás, o distanciarnos de nuestros deseos personales y entregarnos. Y para mí, esta entrega de uno mismo no es una resignación, un abandono a la muerte. Se trata, más bien, de sostener la esperanza donde me sea posible y donde Dios me ha puesto (Diario 6,07,1942). Sí, a pesar de todo, la esperanza del Reino nos sostiene y debemos sostenerla:

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas nuevas le han salido...*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.*

Antonio Machado

Fraternalmente en De La Salle:



Hermano Álvaro Rodríguez Echeverría
Superior General

